

Alejandro Zambra, el hombre que lee

El poeta y narrador chileno es una de las voces más originales de la nueva generación de autores en español. Elegido en listas como las de Bogotá 39 y *Granta*, publica *Formas de volver a casa*, una historia durante la dictadura de Pinochet

Por Leila Guerriero

QUE ES CHILENO, que nació en 1975, que es poeta, que es narrador, que en 2010 fue elegido por la revista británica *Granta* como uno de los veintidós mejores escritores en lengua española de menos de treinta y cinco años, que este mes publicó su tercera novela, *Formas de volver a casa*, en la editorial Anagrama, donde salieron también sus dos primeras, *Bonsái* y *La vida privada de los árboles*. Que *Bonsái* —cuarenta páginas en formato Word que devinieron, publicadas, en noventa y cuatro— fue traducida al francés, inglés, italiano, portugués, neerlandés, serbio, griego, turco, hebreo y coreano. Que es licenciado en Literatura Hispánica, magíster en Filología y profesor en la Universidad Diego Portales, de Chile. Todas esas cosas se saben de Alejandro Zambra. Estas otras se saben un poco menos: que, puesto a elegir, y si tuviera dieciocho, estudiaría japonés y no literatura; que es vegetariano teórico ya que casi lo único que come es carne; que padece migrañas desde pequeño; que, mientras estudiaba en la universidad, no pensó ni una sola vez en ser escritor porque lo que quería, realmente, era leer.

La casa, en el barrio de La Reina, en Santiago de Chile, está helada. La estufa flama en su grado mínimo para evitar que el gas, a punto de acabarse, se acabe.

—De hecho, te estaba esperando para encenderla, así nos dura.

Es noche afuera y adentro hay dos gatas, un teclado, la estufa, una biblioteca. Alejandro Zambra fuma, bebe una taza de té, dice que en 1998 se topó con una foto de la instalación de un artista plástico en la que se veían árboles envueltos.

—Eso me disgustó mucho, porque en teoría defiende la naturaleza y soy súper ecologista y vegetariano.

—Pero hay dos bifés enormes descongelándose en tu cocina.

—Por eso: en teoría. Respeto mucho a los vegetarianos, aunque no hago más que comer carne. De hecho, pensaba que podemos ir a comer juntos después de esta entrevista. Hay un sitio aquí cerca. Y sólo sirven carne.

La anécdota de los árboles envueltos explica el germen de *Bonsái*, pero ahora la conversación deriva hacia otras cosas —carne, sitios donde la preparan bien— y quizás entonces lo mejor sería empezar por el principio.

★★★

HABÍA UNA madre, había una hermana mayor, había un padre que se dedicaba a cuestiones relacionadas con la computación, y había este chico que encontró el gusto por la lectura desde pequeño, y por la escritura también desde pequeño.

—Una vez escribí un poema, *Fiestas patrias*, o algo así. Tenía nueve, diez años. Un día me cambié de colegio. Pasó el tiempo y fui de visita al anterior. Mi antiguo maestro me hizo entrar a la clase donde había cuarenta y cinco pendejos y les dijo: “Miren quién ha venido. Él es Alejandro Zambra. Ustedes saben muy bien quién es Alejandro Zambra. Pónganse de pie”. Se pusieron de pie y empezaron a recitar el poema mío, que él había decidido enseñarles. Fue muy *heavy*.

aprovechaba para leer. También fui profesor en colegios de niños-problema. Una vez entré a la sala y encontré a un alumno saltando arriba de la mesa del profesor y le dije “¿Qué estás haciendo?”. Seguía saltando y gritaba: “¡Es que soy tímido, es que soy tímido!”. Lo pasaba como las huevas.

En 1998, Ediciones Stratis publicó su primer libro de poemas, *Bahía Inútil*. Pasó 2001 y 2002 en España, haciendo un máster, y, al regresar, todavía rodeado por las cajas de la mudanza, escribió treinta y

en un sentido, a los árboles de Christo & Jeanne-Claude (...) Escribir es como cuidar un bonsái, pensé entonces, pienso ahora: escribir es podar el ramaje hasta hacer visible una forma que ya estaba allí, agazapada (...).

—Me gustaba esa imagen y empecé a mirar manuales de bonsái. Quería escribir un libro de poesía con ese lenguaje. Me fui desplazando hacia la narrativa y escribí un relato corto donde sucedía más o menos lo que sucede en *Bonsái*.

Así llegó a esa historia —un hombre enamorado de una mujer, una mujer que se suicida, un hombre que reescribe la novela de otro hombre, un hombre que cuida un bonsái— tallada con un estilo seco, impávido desde la primera frase: “Al final ella muere y él se queda solo (...)”.

—La mandé a varias editoriales grandes, y en una no me contestaron, en otra me la rechazaron. Al final se me ocurrió mandarla a Anagrama. Por si acaso.

Anagrama publicó el libro —que resultó premio de la Crítica 2006 en Chile— y, apenas un año después, hizo lo propio con su segunda novela, *La vida privada de los árboles*.

★★★

AFUERA ES alta noche y llueve un agua insidiosa. En una o dos horas más, Zambra va a estar comiendo carne en el área de fumadores de un restaurante al que va siempre, pero ahora dice que está aprendiendo a hablar de su nueva novela y que todavía no sabe bien cómo. *Formas de volver a casa*,

que acaba de publicar Anagrama, transcurre en Chile en los años ochenta, durante la dictadura de Pinochet, y cuenta la historia de un niño a quien una niña le encarga la tarea de espiar a un hombre e informarla de sus movimientos. El niño acepta, aunque no entiende cuál es el motivo de esa vigilancia. Veinte años más tarde ambos se reencuentran y las piezas del puzzle empiezan a encajar. La novela se organiza en torno a dos partes fundamentales —‘La literatura de los padres’ y ‘La literatura de los hijos’— y devela su propia construcción a través de un diario que lleva el narrador.

—Mi generación está en alguna medida enferma de nostalgia y esa nostalgia es a veces bien vacía. Uno se encuentra con gente que organiza asados para recordar un tiempo como si ese tiempo hubiera sido bueno y lo hubiéramos pasado bien.

“En cuanto a Pinochet, para mí era un personaje de la televisión que conducía un programa sin horario fijo, y lo odiaba por eso, por las aburridas cadenas nacionales que interrumpían la programación en las mejores partes. Tiempo después lo odié por hijo de puta, por asesino, pero entonces lo odiaba solamente por esos intempestivos *shows* que mi papá miraba sin decir palabra (...)”. Una novela en la que ser hijo no fuera una excusa. Una novela en la que ser padre no fuera una excusa.

—No sé si lo logré, pero lo que quería era escribir una novela en la que nadie fuera inocente.

—¿Y ahora qué sos, en mayor medida: crítico, lector, narrador, poeta?

—O sea, lo que más soy... O sea... Ahora soy alguien que hace muchísimo rato necesita ir al baño. Discúlpame.

(Después, el restaurante, el vino, la carne, los cigarrillos). ●

Formas de volver a casa. Alejandro Zambra. Anagrama. Barcelona, 2011. 168 páginas. 15 euros.



“Mi generación está en alguna medida enferma de nostalgia y esa nostalgia es a veces bien vacía”, señala Alejandro Zambra. Foto: MT Slanzi

“Escribir es como cuidar un bonsái: es podar el ramaje hasta hacer visible una forma que ya estaba allí, agazapada”

—¿Recordás el poema?

—No, no me lo acuerdo.

Pausa pequeña. Y una sonrisa.

—Sí me lo acuerdo. Pero jamás te lo diría.

A los 13 años ingresó al Instituto Nacional, donde fue buen alumno —“una pena, porque queda mejor decir que fuiste pésimo”—, y se hizo lector voraz.

—Tenía claro que quería estudiar Literatura. Quería leer, y estudiar Literatura me parecía casi una estrategia para poder seguir leyendo.

A los 21 se fue de casa de sus padres y consiguió trabajo como operador telefónico de la compañía Axxa Assistance, que ofrece servicios a empresas que, a su vez, ofrecen asistencia en viajes.

—Atendía el turno de noche, así que

siete páginas de versos engarzados en métrica de inspiración lujosa: “Me dijeron que avisara treinta días / antes me dijeron que avisara treinta / veces al menos me dijeron que al / menos avisara treinta veces y que / en días como estos no se debe / —no se puede— trabajar. (...)”. El poema se llamó *Mudanza*, fue publicado por Quid Ediciones en 2003, y es el responsable de que se lo empezara a mencionar como uno de los mejores poemas de ese país de poetas. Siguió, a eso, su vida como crítico.

Apenas empezado el siglo nuevo, Zambra era un profesor, un poeta, un lector, y alguien que necesitaba trabajar. Cuando supo que en el periódico popular *Las últimas noticias* buscaban un crítico literario, se ofreció. Así fue cómo, durante tres años, reseñó libros en una sección llamada *Hoja por hoja* donde, por ejemplo, y acerca del chileno Hernán Rivera Letelier, escribió: “La obra de Rivera demuestra que la moralina, el engolosinamiento argumental y una inmoderada dosis de pintoresquismo sólo sirven para camuflar ineptias narrativas de marca mayor”.

—Algunos llamaban furiosos. Amenazaban con golpes, incluso.

Más tarde publicó reseñas en *El Mercurio*, *La Tercera*, *Letras Libres*. Muchas fueron recogidas en *No leer* (Ediciones Universidad Diego Portales, 2010), un libro en el que, entre textos sobre Natalia Ginzburg, Kafka, Roberto Bolaño, Nicanor Parra, hay uno, *Árboles cerrados*, donde cuenta la historia de la novela que lo transformó en uno de los escritores más notorios de su país y de Latinoamérica: *Bonsái*. “(...) hace nueve años, una mañana de 1998 —se lee en *Árboles cerrados*—, encontré, en el diario, la fotografía de un árbol cubierto por una tela transparente. La imagen pertenecía a la serie *Wrapped Trees*, de Christo & Jeanne-Claude (...) Y luego di con los bonsáis, tan parecidos,

